

RELATOS**LATERAL**

No puedes decir que te des cuenta en ese mismo instante, pero lo cierto es que desde que te presentan a Arturo, tienes la impresión de que hay algo extraño en él.

Arturo es tu nuevo ayudante de redacción. Hasta ahora ha trabajado en la revista que tenía sus oficinas junto a las de tu periódico pero, cuando la cierran, tu jefe aprovecha la coyuntura y se hace con la mayor parte de su plantilla, rebajando, eso sí, la categoría a casi todos los contratados. Arturo no es, por tanto, un ayudante normal. Tiene más experiencia en el oficio que tú, y enseñada empieza a pisarte muchas noticias.

Ése no es, sin embargo, el motivo de tu incomodidad.

–¿No le notáis nada raro? –dices–. No sé, como si tuviera algo fuera de lugar.

–No –responde Morales–. ¿El peinado? Parece que le corta el pelo su madre.

–No, no es eso.

–Yo sí que noto una cosa –dice Lucas–. Noto que este tipo, en cuanto nos descuidamos, nos adelanta por la izquierda y por la derecha. Ya lo veréis.

Pero no es eso.

Poco a poco, tu inquietud se convierte en obsesión. Es más el tiempo que empleas observando los movimientos de Arturo que el que dedicas a buscar informaciones relevantes para tu periódico. En consecuencia no te extraña que, en apenas medio año, Arturo pase de un puesto en la empresa como tu subordinado a ser elegido por encima de ti para la vacante de coordinador en la sección de cultura y espectáculos.

No te preocupa. Tu principal tarea consiste en averiguar qué es lo que oculta Arturo, así que, después del cierre, decides seguirlo hasta su casa. Al principio lo haces los martes, más tarde dos o tres veces a la semana. Finalmente, todas las noches.

Tu mujer no se toma demasiado bien tus repentinas ausencias. Los primeros días te espera para cenar, pero acaba desistiendo y después de unos meses casi siempre que entras en tu casa te la encuentras dormida. Al cabo de un tiempo, se hacen cada vez más frecuentes los momentos en los que, cuando llegas, tienes ante ti una cama vacía y no ves a tu mujer hasta que ella aparece a la mañana siguiente.

Tu zozobra crece a cada instante, pero empiezas a pensar que todo son imaginaciones tuyas, que Arturo es perfectamente normal. Es más, no solo es normal, Arturo es un profesional destacado, ya es el director del periódico y no tienes moti-

vos para alimentar tus recelos, y menos en este momento, en el que tu prestigio está bajo mínimos. Estás loco, deduces, por sospechar de él. Pero, de pronto, lo ves pasar a toda velocidad junto a tu mesa, y un latigazo súbito te recorre por dentro.

Ya sabes qué pasa.

Buscas la foto de Arturo en su editorial de hoy. Y la de empresa que publicaron en el anuario. Lo miras, a través de las chapas metálicas de la persiana de su despacho, y te lo susurras a ti mismo para terminar de creértelo.

–Arturo está siempre de lado.

Arturo está siempre de lado. Ésa es tu conclusión. Haces memoria. Pero no hay manera. Por más que lo intentas no encuentras un momento en el que no lo recuerdes de perfil. En la gala de premios de la asociación de prensa. En la reunión de

ayer. En el taxi, cada vez que lo cogéis juntos. O incluso en todas las oportunidades en las que lo espiaste por la calle. No. Definitivamente, cuando en un lado de la cara de Arturo hay luz, el otro se oscurece y se llena de secretos.

Corres al escritorio de Morales para contarle tu revelación. Pero cuando llegas solo eres capaz de balbucear. Intentas ordenar tus ideas en una frase con sentido que pueda explicarle al mundo tu descubrimiento, pero algo te perturba. Sientes, sin duda, en tu interior, el mismo palpito que te sacudió hace unos minutos al ver a Arturo. Miras a Morales sin querer creerlo, no lo quieres creer, pero es cierto: solo ves su costado.

–¿Estás bien? –dice.

No puedes escuchar sus palabras. Comienzas a dar vueltas frenética-

mente alrededor de Morales, sin suerte. No encuentras el modo de ver sus dos ojos al mismo tiempo ni de resolver la longitud de la mueca de incompreensión que ahora adorna su rostro y que solo se te presenta parcialmente.

Te alejas de Morales. Echas un vistazo al resto de las mesas. Tus compañeros están paralizados, sobrecogidos por tu comportamiento. Eres el centro de una escena que no quieres representar. Todos te miran, y, para tu horror, muchos de ellos lo hacen desde una postura lateral.

Tienes que escapar de allí.

Las horas siguientes son una tortura. No regresas al trabajo. Pases sin dirección, pero estar en la calle tampoco mejora tu ánimo. La mayoría de las personas con las que te cruzas también están de lado. Esto, lo que sea, como se lla-

me, es una enfermedad, una epidemia y tú pareces ser el único que se ha dado cuenta.

Suena tu móvil. Te tiembla la mano. Dudas si contestar o no. Pero lo haces.

–¿Sí?

–Hola. Soy Arturo. Quería preguntarte cómo te encuentras. Has salido de la redacción de una manera que nos has dejado a todos un poco preocupados, la verdad.

No respondes.

–¿Hola? –dice– ¿Sigues ahí?...

Ehm... Bien, como quieras. Verás, en cuanto puedas, pásate por aquí y hablemos, ¿de acuerdo? ¿Sí?

Te lo imaginas. Te imaginas el teléfono pegado a su oreja. Te imaginas a Arturo hablándote con la mitad de su boca, con la mitad de su cuerpo.

–Es que, para serte sincero, últimamente estamos bastante descontentos con tu labor, y, bueno, querría tratar esto contigo en persona. Si no te importa...

–¿Te crees que aún puedes engañarme? –dices.

–¿Cómo?

–¿Qué si te crees que aún puedes engañarme? –dices–. Pues no, no puedes engañarme. Ya no –añades–. Yo sé quién eres –afirmas–. Tú fuiste el primero. Tú empezaste todo esto. No me acercaré a ti. No dejaré que me contagies –concluyes.

Cuelgas sin darle opción a la respuesta. Ahora ya sabe que lo has cazado. Ya sabe con quién se la juega. Tu teléfono comienza a sonar de nuevo, pero lo tiras a una papelera sin mirar quién llama. Después te giras, y te encuentras de golpe con tu reflejo en el escaparate de una joyería, y entonces ves tu ojo izquierdo, tu hombro izquierdo, tu oreja izquierda, y no puedes reprimir un grito al comprobar que ya es demasiado tarde para ti.

Tú también has caído.

Decides volver a tu casa. Si tu mujer está sana le dirás que se vaya a alguna parte libre de la plaga. Si no lo está, padeceréis juntos esta pesadilla.

En cuanto cruzas el recibidor escuchas a tu mujer llamándote desde la cocina. Caminas como si tus pasos recorrieran un sedal suspendido entre dos edificios. La voz de tu mujer está cada vez más cerca. A diez metros, a cinco. Está al otro lado de esa puerta. La abres. Y la ves.

Tu mujer está sentada junto a la mesa. De lado.

Es el fin. Te desplomas. Apoyas la espalda en la pared y te dejas caer lentamente, como una gota de miel sobre un cristal polvoriento. Entonces te das cuenta de que a los pies de tu mujer hay una maleta. Miras la maleta. Miras a tu mujer. Y miras su media melena perfecta, su media nariz perfecta, su perfecta media boca que se abre para decir:

–Tenemos que hablar.



ILUSTRACIÓN IKER AYESTARÁN

**POR RAÚL
CLAVERO
BLÁZQUEZ**